

IX Encuentro Nacional y III Congreso Internacional de Historia Oral de la República

Argentina

“Los usos de la Memoria y la Historia Oral”

Vivir en el Exilio

Silvia Liliana Bacchetta

D.N.I 13.876.399 Integrante del Programa de Historia Oral – U.B.A.
.4267-1282 slbacchetta@hotmail.com Hernandarias 1357 R. de Escalada Prov. de Bs.
As.

Liliana Mónica Federico

D.N.I. 13.308.842 Integrante del Programa de Historia Oral – U.B.A.
4775-2337 fede@datamarkets.com.ar Aráoz 1113 6º “C” Ciudad de Bs. As.

No debiera arrancarse a la gente de su tierra o país, no a la fuerza.

La gente queda dolida, la tierra queda dolida.

Nacemos y nos cortan el cordón umbilical. Nos destierran y nadie nos corta la memoria, la lengua, los calores. Tenemos que aprender a vivir como el clavel del aire, propiamente del aire.

Soy una planta monstruosa. Mis raíces están a miles de kilómetros de mí y no nos ata un tallo, nos separan dos mares y un océano. El sol me mira cuando ellas respiran en la noche, duelen de noche bajo el sol.

Juan Gelman Roma 14-5-80

Introducción

El uso del término exilio se aplica a la persona que voluntariamente o no, vive alejada de su patria. Por un lado desterrar, exiliar a alguien, expulsarlo con prohibición de regresar, tiene el valor de un castigo, mientras el exilio voluntario se relaciona con la huída, con el deseo de conservar la vida, apartarse de algo que se considera perjudicial. Los límites del término son imprecisos, vinculándolo generalmente, con la eliminación del contrincante, con una forma más condescendiente que asesinarlo.

La experiencia inmediata de quien ha sido desterrado es la de haberlo perdido todo, lo cual desencadena la percepción del despojo. El desarraigo conlleva pérdidas: la lengua, el tiempo y el espacio que ya no le pertenecen; el enfrentar “el aceptar como el ser aceptado”, el asumir la posibilidad de morir en otro lugar.

A lo largo de la historia esta práctica siempre fue frecuente. En Grecia y Roma el desterrado o expatriado era privado justamente de su patria, donde estaban su familia, sus bienes y sus dioses. En la Edad Media, donde los hombres vivían bajo la única realidad que significaba la Iglesia, la excomunión consistía en la pena máxima. A partir de la

Modernidad, la expulsión, el exilio y el autoexilio, volvieron a ponerse en vigencia, ya sea por intolerancia política o religiosa, resultando significativos el exilio republicano español y el de los judíos bajo el nazismo.

En América el exilio comienza con la Conquista, los fundadores de ciudades, simples soldados que buscaban fortuna, se decidieron a realizar esas empresas porque no podían, por alguna razón, continuar viviendo en Europa. Aquí se encontraron con quienes no habiendo sido antes exiliados, los indígenas, lo fueron después, y se quedaron para siempre en una situación de despojo y pérdida¹.

En la historia argentina los exiliados fueron siempre una constante: el alejamiento de Mariano Moreno y de San Martín; los integrantes de la Generación del '37, huyendo de Rosas; Rosas después de Caseros, los inmigrantes expulsados por la Ley de Residencia a principios del siglo XX, los que tuvieron que emigrar durante el peronismo; los expulsados cuando cayó el peronismo, incluyendo al presidente depuesto, los científicos e intelectuales perseguidos por Onganía. Esta situación parece agravarse y alcanzar cifras considerables, un tiempo antes y durante el golpe de Estado de 1976, cuando la Triple A difundía las listas de los amenazados, los que “[...] fueron encontrados culpables de realizar, a través de sus actividades, una campaña marxista que hiera a nuestra nacionalidad [...]”². Este accionar generó una oleada de violencia política en la Argentina, donde las muertes de uno y otro lado fueron constantes. Así condenaron al destierro a dirigentes sociales, intelectuales y artistas que consideraban enemigos. Se ordenaba, bajo amenaza de muerte, salir del país, con expresa indicación de no retornar. No pudieron eludirlo, además de los mencionados, los escasos sobrevivientes de los centros clandestinos de detención, los familiares que podrían poseer alguna información útil para los represores, amigos o gente con miedo a padecer la violencia cotidiana.

Utilizar la historia oral para recuperar los testimonios de exiliados, de distintas edades, condiciones sociales y militancias políticas diversas, que marcharon a varios destinos, resulta significativo y atrayente. El objetivo central de este trabajo, es analizar las experiencias vividas por hombres y mujeres que atravesaron esta condición, poder indagar la dualidad de la situación del exiliado: por un lado la del destierro y la pérdida, y por otro, la del privilegio de haber podido salvar la vida, cómo residir en el exterior, mientras aquí se desplegaba la más terrible de las dictaduras, los llevó a algunos de ellos a la denuncia activa y a otros, por el contrario, al más profundo silencio. Para ello fueron entrevistadas personas que tuvieron como destino México, Suiza, Israel y Brasil, intentando relacionar sus relatos, con la bibliografía disponible.

Se inicia el análisis con las causas que motivaron el exilio, las actividades y militancia a la que pertenecían. Luego el por qué del lugar de destino, si partió de una decisión personal o fue fruto del azar y la contingencia del momento. Un aspecto importante a tratar es la inserción de los recién llegados: sus alojamientos, su forma de subsistencia, sus trabajos y relación con los residentes nativos del lugar, la educación de sus hijos. Posteriormente la relación y actividades conjuntas con otros exiliados y grupos armados, como también con instituciones internacionales en defensa de los derechos humanos; la solidaridad entre ellos y la denuncia constante de lo que ocurría en nuestro país. Finalmente el retorno a la Argentina y los avatares por una nueva reinserción.

Ser joven y militante

El auge de las masas que caracterizó la década del '70, convirtió a la juventud en la protagonista del momento; querían realizar la revolución popular. A través de diferentes corrientes ideológicas se fueron integrando en distintas organizaciones armadas, así como también distintas agrupaciones que constituían la Juventud Peronista. Perón dijo, antes de llegar al poder "Que la juventud se haga cargo" y fueron los jóvenes los que aceptaron el desafío, sin saber que, el General más tarde les daría la espalda.

Los grupos armados que actuaron en la Argentina de principios de los '70 fueron: FAR (Fuerzas Armadas Revolucionarias) peronistas-marxistas; FAP (Fuerzas Armadas Peronistas), Descamisados y Montoneros, estas dentro del peronismo de izquierda; las cuatro organizaciones confluirían más tarde en Montoneros. FAL (Fuerzas Armadas de Liberación) marxistas-leninistas, ERP (Ejército Revolucionario del Pueblo) trotskistas-guevaristas, y GEL (Guerrilla para el Ejército de Liberación).

"La Juventud Maravillosa", como la llamaba Perón, estaba comprometida política y socialmente y desarrollaba una intensa actividad en el campo político y social. Así lo manifiesta Silvia Alicia Guadalupe Canal, "la Pichi", como la conocían sus compañeros de militancia:

*"Caí presa cuando tenía veintidós, por militancia universitaria, aunque antes de la militancia universitaria yo originariamente venía de los grupos cristianos de base del Movimiento de Curas del Tercer Mundo, y militaba en una villa que es isla, que está enfrente de Santa Fe y se llama Alto Verde. Ahí era maestra, de una escuela técnica[...] Entonces yo salía de las clases de la facultad, me tomaba la canoa en el puerto que me cruzaba a la isla y daba clases gratis en la isla, era maestra sin nombramiento digamos. Bueno después me volvía a mi casa tardísimo, como a las once y media, doce. Así empecé y tendría dieciocho, diecinueve años cuando empecé haciendo eso"*³

Jorge Omar Lewinger, compañero de la Pichi y Oficial Mayor de Montoneros, decía: "La

primera vez que hice una volanteada, fue llamando al voto en blanco para Arturo Frondizi; las elecciones fueron en febrero del '58[...] fui a una fábrica que no existe más y que se llamaba Tamet [...] fue una cosa impresionante para mí, fui al turno que empezaba a las doce de la noche, después me fui a mi casa a dormir y después volví para el turno que entraba a las seis de la mañana; tenía catorce años [...]"⁴

Otro testimonio, el de Laura Satragno, sirve también como ejemplo:

"Yo iba al Misericordia de Azcuénaga y Peña. Bueno, es como que nos empezó a mostrar la cuestión social, el sentido de lo que es el cristianismo, desde un punto de vista más efectivo[...] una cuestión de rebeldía, fue una cosa muy natural, lo que había que hacer... comprometerse era... íbamos con una alegría y no lo veíamos como que podíamos causar daño a nadie. Habíamos empezado ese compromiso en la secundaria, pero no fue con gran conocimiento político [...] En toda nuestra secundaria teníamos dictadura, la de Onganía, Lanusse. No conocía lo que era la democracia, yo una vez pregunté en el colegio por la etapa del peronismo, que no figuraba en los libros de la escuela, me llamó la atención que no había nada de esa etapa y se enojaron [...] Ingresé a la facultad y era delegada de primer año, turno mañana de la facultad de Medicina, del Centro de Estudiantes, pero más que nada por esa cosa de participar. A mí me importaba muchísimo la carrera, estudiaba y la buena relación con los compañeros... Bueno ¡Delegada del Centro de Estudiantes!"⁵

En el relato de Norberto Jakubowicz, nuevamente se combina "el ser joven y militante"

"milité el último año de la Secundaria en la UES, Capital y, cuando ingresé en la Facultad de Ingeniería, en el año '76, en la JUP, Juventud Universitaria Peronista, hasta mitad de año cuando dejé de estudiar la carrera de Ingeniería en la UBA"⁶

También Jorge Aisemberg decía:

"Yo venía de militar desde 1967, o sea..., la muerte del Che, el Cordobazo, Praga, fue todo un torbellino de cosas que a toda nuestra generación nos impulsó a participar, de pasar el nivel nacional, mundial, a comprometernos [...] estaba en un grupo de integración en las FAL [...] había arrancado en una organización estudiantil que se llamaba TAR, Tendencia Antiimperialista Revolucionaria, que era la tendencia estudiantil del PRT, esto fue en el '68. Y nosotros en el '70, a partir del 4º ó 5º Congreso que hizo el PRT, fuimos un grupo que nos separamos en desacuerdo con la idea que ellos tenían de crear un ejército y empezar a desarrollar la lucha armada como táctica principal política. Por eso [...] tuve una trayectoria con cargos y responsabilidades hasta que renuncié a la misma y me separé de la Organización en el '72, en marzo del '73 [...] estoy algunos meses sin hacer nada. Entro en la UBA, en el '74, ahí me encuentro con una persona de las FAL, tenemos muchas

cosas en común, y a partir de ahí empezamos el trabajo de acercamiento mío hacia las FAL”⁷

El testimonio de Héctor Maciel, de condición social muy humilde, también refleja su ingreso a la militancia:

“Yo vine a Buenos Aires, me contacto con gente del Partido Comunista, que eran muy esclarecidos para todas las cuestiones sociales y laborales y era como que estábamos en una situación de rebeldía. En general los delegados estaban siempre negociando sus beneficios antes de favorecer al compañero trabajador [...] yo vine..., fue cuando el derrocamiento de Illia y estaba Onganía”⁸

Obligados a irse y a decidir el lugar

Las dictaduras militares de fines de los años '60 y la imposibilidad de llegar al poder por la vía legal, hizo que surgieran las organizaciones armadas integradas por jóvenes, que no conocían la democracia, que habían nacido cuando se produjo la caída de Perón o eran adolescentes en ese momento. Fue entonces cuando tomaron las armas buscando una salida. La llegada del peronismo al poder en el '73, fue una breve primavera para todos ellos que pretendían cambiar el país, que querían una revolución en serio. La derechización del gobierno peronista y el accionar de grupos paramilitares convirtieron a estos jóvenes en “subversivos” o en “terroristas”, según el vocabulario utilizado por las Fuerzas Armadas. Con las detenciones y los secuestros, las cárceles se fueron poblando de presos políticos y se practicó todo tipo de violaciones de los Derechos Humanos. Muchos detenidos lograron su libertad con la condición de abandonar el país. Este es el caso de la Pichi, quien relata:

“Yo caí en cana el 13 de junio de 1975, con Isabel, todavía en un gobierno democrático y fui la última presa que salió con opción [...] Yo estuve en Santa Fe y después en Devoto, cuando nos sacaron de Santa Fe, nos tuvieron quince días desaparecidos, en realidad estábamos legalizados en una cárcel de Santa Fe [...] Salir no salí en libertad de la Federal, me llevaron en avión a Ezeiza, con una mano atrás y otra adelante, me metieron en un avión, sin pasaporte, el pasaporte me lo dieron cuando aterrizamos en México.”⁹

El caso de Jorge Aisemberg es aún más terrible, ya que se dirigió al exilio después de haber sido detenido en un centro clandestino:

“Estaba conectado con gente del ERP, cae mi jefe y en la sesión de tortura no quiere denunciar a sus compañeros actuales y termina denunciando a un grupo de gente que conocía de hacía muchos años atrás; y caímos, en ese momento, dos o tres personas. Me llevan a lo que se conoce hoy como el Club Atlético. Así le pusieron después. [Estuve] diez días. No es mucho, pero visto a la distancia, realmente al comparar con otros casos [...]

Después de esto, me liberan en medio de la Recoleta, con tres personas más. Hay un pasaje, una calle medio cortada, en el parque y yo a partir de ahí, tomo la decisión de irme del país [...] Y estando yo detenido, ahí [silencio], tengo la necesidad de pensar que si salgo, quiero irme a Israel

P: ¿Por qué decidiste Israel?

R: Yo, en realidad, siempre por formación, status cultural, amistades, historia familiar, por lo que sea, estuve dentro de lo que se llamó “los judíos no judíos”. Como identificación, me sentía parte de una comunidad, pero no integrado; no me sentía con raíces de una historia que no conocía, una tradición que en mi casa no se mantenía, más allá que de cosas muy puntuales, se utilizaban las celebraciones para reunirse en familia para comer¹⁰.

Israel fue una de las naciones que recibió, con una rápida tramitación, a los exiliados. Fue el caso también de Norberto Jakubowicz, que por ser tan joven, es su familia la que decidió ese destino:

“Mi tía Matilde que es bastante sionista, sugirió Israel que vayamos a la AMIA, que no está mal, no era una cosa loca, sirve, porque te vas del lugar donde corres riesgos; como que es fácil por que ellos te brindan un lugar donde estar, en Israel”¹¹

Eugenia Meyer y Eva Salgado explican que México tenía fama de ser un país abierto al exilio, solidario con la defensa de la democracia, ya que algunas de sus embajadas desempeñaron un activo papel en momentos de crisis política y de persecuciones. También era posible que allí residieran amigos o familiares que garantizaran la posibilidad de encontrar trabajo, además de la acción de agrupaciones políticas y sociales que facilitarían la inserción de los recién llegados.¹² Así lo relata un entrevistado:

“En realidad fui a Méjico porque con Méjico había una tradición mejicana de... buena relación y solidaridad, hasta oficial, con los exiliados.”¹³

Los padres de Juan Parafioriti, al igual que el anterior, eran militantes montoneros y también optaron por México. Sin embargo esta familia, como Jorge Aisemberg, Héctor Maciel y Laura Satragno, pasaron por Brasil y residieron un tiempo allí:

“Brasil porque era el lugar donde había una manera de pasar por la frontera yo recuerdo que no podíamos trabajar formalmente, estábamos de paso, no nos daban más de tres meses, a veces había que volver hacer el viaje, cruzar las frontera y volver, algunos compañeros. [...] Pero nosotros nos refugiamos en el ACNUR, en el Alto Comisionado de Naciones Unidas y ahí con la gente de San Pablo se empezaron a armar las primeras listas de desaparecidos [...] Las autoridades en Brasil nos tienen hasta cierto punto y después...entonces bueno... nos tocó Suiza, jamás en la vida pensamos”¹⁴

El caso de Héctor Maciel es representativo de la situación de irregularidad en las fronteras de nuestro país:

“Fui, estuve en Brasil un tiempo y después me vine hasta Buenos Aires. Me vengo y entro al edificio donde yo vivía y la puerta tenía una cadena, con un candado, como no lo había dejado yo. Y voy a ver a una señora que vivía en el fondo y me dice, la española, “Coño ¿qué hiciste hombre? Te buscaron hasta en el tanque de agua”. Y yo le dije: “Mire, yo no he hecho nada, nada más que pensar un poco diferente a toda esta gente”. Y bueno, en ese departamento me robaron todo lo poco de valor que tenía. Se llevaron todo los libros, todos los discos, que eran discos, no compact, como ahora, el reproductor, la radio.

P: ¿Cuánto tiempo estuvo en Brasil?

R: Tres años más o menos

P: Tres años, después hizo esa visita y volvió a irse?

R: Sí, pero a Misiones a mi pueblo venía a cada rato. Cruzaba las fronteras como si fuese un lugareño más, sin medio de transporte y a veces había algunos controles, pero la informática de ahora nos hubiese ganado a todos. [...] en ese momento no era tan sofisticado el medio de información”¹⁵

El desafío de insertarse

Bernetti y Giardinelli, refiriéndose al exilio en México, afirman que “el primer paso en el proceso de ingreso en el país era el del acostumbramiento a las señas básicas de la ciudad, el transporte público, entonces tan ineficiente, el agua de la canilla de graves efectos para el aparato digestivo, y algunos rudimentos básicos acerca de las normas de cortesía y trato y sobre todo de la psicología de los mexicanos.[...] El proceso de incorporación fue trazando sus marcas, imponiendo condiciones y modificando conductas. Todo eso llevó a una resistencia cultural y psicológica que a muchos argentinos les dificultó la adaptación”¹⁶ Sin dudas el alivio de la llegada era notorio, ya que reinaban condiciones de seguridad, pero se sucedían los trámites burocráticos que definirían la instalación, además de la búsqueda de trabajo.

Después de haber sido liberada de la cárcel, Pichi se despidió de sus padres en Ezeiza: *“Yo lo único que tenía era la dirección Roma 1 que era la Casa del Pueblo llego a México [...] el hotel valía veintiocho dólares la noche y yo tenía setenta y siete dólares. O sea yo no tenía más que para tres días de hotel. Si yo no encontraba a alguien no tenía ¡nada!, ni donde caerme muerta [lagrimea] [...] pero al día siguiente a las siete de la mañana salí del hotel y me fui caminando a la Casa de Roma 1. Sola y ahí me quedé sentada, porque tocaba timbre y no bajaba nadie, y entonces me quedé sentada en el umbral de la vereda a esperar que viniera alguien, entonces como a las ocho y media, nueve, aparece un*

compañero. Un compañero que era de Rosario y entonces le digo “mirá yo vengo de la Argentina, recién salí de la cárcel. -¿vos cómo te llamás?,- fulana de tal,- ¿vos sos la Pichi? me dice él” porque ya todo el mundo estaba esperando que yo llegara porque otras compañeras que habían estado conmigo en cana, sabían que yo tenía la opción y qué en cualquier momento salía. Yo cuando me dijo así viste... El gobierno mexicano le había otorgado y lo administraba Puigrós, era un lugar, en esos tres pisos funcionaba lo que se llamaba el Comité de Solidaridad con el Pueblo Argentino¹⁷ y había habitaciones para los compañeros que venían de acá de la Argentina y que momentáneamente, digamos por unos días, una semana, un mes, en algunos se podían alojar ahí y mientras buscaban trabajo o se ubicaban en otro lado. Entonces ahí yo viví quince días, porque a los quince días yo conseguí trabajo. No, yo cuando apareció este que me dijo “vos sos la Pichi” yo ya, era... ya está... ¡era la familia!¹⁸

El caso de Laura, que sale del país embarazada y con su pareja, está determinado también por las vicisitudes de la instalación forzosa:

“Lo interesante de Brasil es todo el tema de la solidaridad, te conocieras o no te conocieras, llegamos a ser catorce en un departamento y bueno... situaciones de mucho dolor porque venían las compañeras que le habían matado al marido. Pero por otro lado la solidaridad, son cosas que se ven en las mayores tragedias, se ve lo peor de la gente y lo mejor [...] En realidad llegamos a la Suiza alemana, yo llegaba con la nena del calor de Brasil y la gorda, con bajo cero en Suiza vomitando como el exorcista. Ahí necesitaba calentar una mamadera, es una pavada pero ¡mal! Porque había una señora que me hacía así con el reloj, en una cocina común, era como una especie de pensión. El recibimiento es excelente, no me puedo quejar, pero yo sentí [...] ahí me agarró una cosa ¡yo de acá me voy!... pero los suizos después fueron divinos. Teníamos unos amigos en la Suiza francesa, en Ginebra. Nos ofrecían las mejores condiciones en la Suiza alemana, digo “no, no importa” [...] Una desolación. [...] Encontramos una casa que nadie quería porque estaba en destrucción. Vinieron de diferentes lugares a ayudarnos a pintarla.”¹⁹

Los exiliados en Israel, no tuvieron que afrontar el problema del alojamiento, ya que se instalaron en un kibutz, pero uno de ellos fue sorprendido por la situación legal de residencia, en la que se encontraba. Norberto Jakubowicz explica que al llegar le dieron un documento de ciudadano:

“El documento de ciudadanía israelí te obliga a hacer la conscripción a los seis meses de estar en el país. No tenés que tener ese documento, sino tenés que tener un documento de residente temporario. Yo no le había dado mucha importancia, digo lo resuelvo cuando

estoy allá, pero el tema terminó siendo una obsesión, porque no me lo querían resolver [...] Todas esas cosas me produjo mucha bronca, mucha angustia”²⁰

Alojado en el mismo kibutz, Jorge Aisemberg, asesorado antes de partir, no padeció este inconveniente:

“Yo no necesité salir por el ACNUR, sino por la SOJNUT que era la agencia judía de acá de Capital, de la calle Lavalle. Ellos a mí me aconsejan, a diferencia que a Norberto, me aconsejan que trate de salir, de cualquier forma, por medios propios, que ellos me pueden sacar de la Argentina, pero que ellos me sacan con pasaporte israelí y eso iba a tener un costo en relación a mi futura condición, porque ahí yo voy a tener un compromiso con el Estado Israelí que no puedo hacerme el distraído, de hecho tengo que hacer el ejército. [...] Llegué a Tel Avid obviamente, y después de ahí, directamente al otro día me fui a kibutz, un kibutz de la Aschomer Atzahir, esto significa que dentro de los kibutz había más de izquierda, centristas, de derecha. Mucha gente latinoamericana y con una posición ideológica más de izquierda dentro de los kibutz. Soy bien recibido. Digamos, para mí, las utopías en algún lugar, a partir de lo que había vivido, habían muerto. Yo sentí, tenía esa sensación, más bien profunda, más allá de que estaba quebrado y que tenía mucho miedo; y [silencio] yo [silencio], nosotros que éramos judíos, pero no sionistas, más de izquierda, judíos no religiosos, que trabajaban mucho la cosa grupal [...]. Y para mí eso fue algo, lugares de la infancia que uno siempre quiere volver, ¿no cierto? El kibutz, de alguna forma, era este espacio.”²¹

El idioma fue un tema determinante en la problemática de la inserción. Los exiliados en México no tuvieron ninguna dificultad, más allá de los modismos locales que rápidamente superaron. Esto también ocurrió con el entrevistado Héctor Maciel, misionero, que explicó:

P: Se fue a Brasil ¿qué hizo allá? ¿Cómo se maneja?

R: “Yo había jugado al fútbol, con el Brasil y como es cercano a nosotros hay mucha influencia del guaraní y el portugués, por eso no es difícil hablar. Fui a Brasil y conocí algunas mujeres. Entre ellas a una, que no era...pero tenía un poco de recursos. Me dio trabajo a mí, de ayudante de cocina, un muchacho, y así me la fui rebuscando. Pero además yo tenía dinero ahorrado, tenía un buen recurso”²²

Laura Satragno tuvo que hacer un curso obligatorio, antes de conseguir trabajo:

“[...] porque nos hicieron un cursito de francés, previo, el primer mes una cosa así. Después empezábamos a trabajar. Yo quería ir al curso con la nena. ¿Cómo me voy a desprender de la bebé? Y no, no... Bien... la dejamos en una guardería. Las guarderías eran una parte importante del sueldo”²³.

El caso de Jorge, y sus problemas con la lengua, determinaron en gran medida la insatisfacción que comenzó a tener en Israel

P: ¿Estudiaste ahí?

R: Ahí tendría que haber estudiado; realmente por más de una razón. A mí, para empezar, los idiomas me cuestan mucho y de repente, de la mañana a la noche, caer en un país, donde hablan hebreo.

P: ¿No hablabas hebreo?

R: No hablaba una sola palabra, no sabía lo que era el hebreo; yo algo, leer, los dibujos esos tan raros, todo..., leer de derecha a izquierda: Reconozco que, bueno, todo muy lindo, pero tampoco mi idea era quedarme.²⁴

El problema de la educación de los hijos constituyó otro de los aspectos difíciles del proceso de adaptación e integración al nuevo país. Bernetti y Giardinelli, afirman que la mayoría de los argentinos exiliados en México, optaron por mandar a sus hijos a las escuelas públicas, ya que esto constituía una característica de su propia formación. Sin embargo, luego advirtieron que en esa época, los establecimientos estatales tenían un nivel menor que el de sus similares argentinos y, paradójicamente, se encontraron con escuelas privadas laicas y progresistas²⁵. Uno de los entrevistados, exiliado con su familia cuando tenía cinco años, así lo testimonia:

“Y allá en la escuela tuve muchos problemas, siempre estaba a punto de repetir, era como muy disperso y siempre me cambiaban de colegio; mi vieja me sacaba de un colegio y me ponía en otro; hice primer grado en uno. Siempre estaba a punto de repetir y después zafaba. No hice dos años seguidos en el mismo colegio

P: ¿Vos cómo viviste eso?

R: Bastante complicado, yo era vergonzoso; una de las cosas que tenía, tímido, todos estos kilombos... En el colegio era terrible, separaban entre burros y aplicados, eran cuatro filas, dos de burros, yo estaba con burros, siempre [risas] O te ponían en el pizarrón con unas orejas de burros. Y el colegio del estado, allá en ese momento, había como cuarenta o cincuenta chicos, según en que colegio. Pasamos por uno que parecían militares directamente, pasabas y ponían cinta de papel a los pibes en la boca, te tenía acá con una mochila teniéndola en cuclillas, hacían cosas..., cuando se enteró me sacan hasta que empieza a ganar más mi vieja, y nos mandan a un colegio pago, que era completamente distinto, tenía filosofía, distinto, en quinto grado, antes de venir acá²⁶

La cuestión laboral estaba íntimamente ligada a la cuestión migratoria y en gran medida condicionaba la instalación de los exiliados. Así lo analizan Bernetti y Giardinelli, y afirman que el exilio argentino fue semicalificado, con profesionales e intelectuales²⁷ Este es el

caso de Pichi, que era estudiante avanzada de Ciencias Económicas cuando la detuvieron, y pudo conseguir rápidamente trabajo en México, además de servir este ingreso para compartir con todos sus compañeros:

“Mi primer trabajo fue en una empresa textil que después el dueño, que se llamaba Isaac Gutman, compró la Chemise Lacoste, y yo era la secretaria. Entonces me pagaba pero... en ese momento el dólar estaba uno a uno con el peso mexicano, me acuerdo [...] yo cobraba cuatro mil pesos mexicanos, cuatro mil dólares, una fortuna. Bueno... todos estábamos contentos porque el sistema era así: conseguíamos trabajo, entonces, socializábamos el sueldo que ganábamos y digamos, los compañeros del comité administraban. Después pasé yo a ser la contadora de todo esto porque en realidad quedé ahí a cargo de esta área digamos [...] a cada compañero se le pagaban doscientos pesos mexicanos por semana y nos hacíamos cargo centralizadamente del alquiler de las casas o de los departamentos. Entonces esos doscientos pesos, en realidad, cada uno por persona le tenía que servir para sus viáticos y para la comida y el resto socializábamos la plata. [...] No había compañero que no se vistiera con las remeras de la Chemise Lacoste[...] y ahí en esa empresa, ya trabaja un compañero nuestro, que después fue compañero mío[...] el tipo necesitaba una secretaria y había una cola de tres cuerdas para... que se ofrecía el puesto y viste yo, con una vergüenza terrible, pero digamos entre una mexicana que son como así sumisitas, como que evitan y una argentina como una tromba y yo con mi forma de ser. El tipo dijo “ésta”. Yo entraba a trabajar a las nueve de la mañana teóricamente era de nueve a seis de la tarde, muchas hora. Pero el tipo llegaba a las seis de la tarde y yo era su secretaria, con lo cual yo nunca me iba antes de las diez de la noche”²⁸

En México también una fuente de empleo fue el sector público, que de manera contratada, permitía el ingreso de argentinos. Este fue el caso de la madre de Juan Parafioriti que consiguió trabajo en la Secretaría de Educación y Presupuesto²⁹.

Los jóvenes residentes en el kibutz atravesaron una situación diferente: no tuvieron que atravesar el desafío de conseguir empleo en un lugar extraño, pero sí el de aceptar las reglas laborales que se les imponían. Así lo recuerdan:

P: ¿Cómo era un día allá?

R: Y a la mañana trabajaba cuatro horas y tenía que estudiar cuatro horas.

P: Ellos te daban todo pago, era como un paquete.

R: Yo tenía que trabajar cuatro o seis horas, una cosa así; y después, tenía que estudiar cuatro horas. Y después podía estar ahí haciendo lo que quería, leyendo, corriendo...

P: ¿Y fuiste, estudiaste?

R: Al principio fui cuatro o cinco clases, pero después no quería ir, porque me empecé a sentir mal, Ya quería resolver el problema, y bueno después estuve, me agarró como..., se me desató la locura.

P: ¿Cómo? ¿Qué quiere decir eso? ¿Qué te pasaba?

R: Y porque... me agarró tanta bronca que no podía solucionar el problema que hice una pintada alusiva a la OLP, al Director del kibutz.

P: ¿Vos solo?

R: Sí, se la hice en francés y desconfiaban de mí, pero yo me hacía el distraído. Vino la policía y que sé yo. No sólo hice eso, después cuando fui a una granja, empecé a matar a todos los pollitos [risas], ¡una cantidad de pollitos impresionante!³⁰

Jorge Aisemberg decía:

“El kibutz era un marco de construcción socialista único, más allá que era una gran teta el kibutz de Israel, o sea una cosa de protección, de que estaba todo resuelto. Uno llegaba ahí, y bueno.

P: ¿Qué tarea te asignan a vos?

R: Tenía cuatro horas de estudio y cuatro horas de trabajo en cualquier ámbito de los que había, que era muy grande, de industria, del campo o en un momento fui el encargado de una especie de jardín zoológico, entre comillas, porque era una granja con muchos animales para que los chicos o sea, tengan un contacto con animales más allá de los que habían ahí.³¹

Laura y su marido al llegar en Suiza, luego de hacer el curso obligatorio de idioma, consiguen trabajo:

“Yo enseguida busqué trabajo en una agencia temporaria, empecé con dos trabajos. Gracias a Dios tenía conocimiento de informática, así que empecé a trabajar en dos empresas al mismo tiempo, una a la mañana y otra a la tarde, hasta que después me dejaron fija en una de ellas, así que bien. Pude hacer entrar a dos argentinas más y una chilena. [...] Carlos trabajó en una empresa qué hacían ¿cómo se llama de los relojes? El bañado... Todo húmedo, constantemente con el frío. Pero bien, te digo que haber conseguido trabajo enseguida.”³²

La solidaridad y la lucha desde el exilio

“Dos sustantivos que determinaron el accionar político y social del exilio ellos fueron: denuncia y solidaridad. Desde que un exiliado llegaba, enseguida comprendía que su aporte a la lucha contra la dictadura, si quería hacerlo, consistiría en colaborar en la denuncia de las atrocidades del régimen militar y en ayudar a la mejor organización del exilio”³³ Los entrevistados vivieron situaciones diferentes según el contexto en el que se

encontraban y las posibilidades concretas que tuvieron para organizar las acciones en común y revelar lo que ocurría en la Argentina. Así Laura Satragno desde Suiza, viajaba junto a sus compañeros por diferentes ciudades para manifestarse en contra del gobierno militar, mientras organizaban eventos para recaudar fondos para autofinanciarse:

"Hay dos hitos interesantes en el exilio, que generaron mucha discusión entre la comunidad digamos... uno lo del mundial, de qué manera se podía aprovechar la venida de tantos periodistas del mundo para colaborar con los organismos de derechos humanos, con los familiares. Justamente en el '79 se jugaba una especie de revancha con Holanda y ahí aprovechamos, viajamos con carteles todos y poníamos Videla asesino. Aprovechábamos cualquier cosa que pudieran visualizar y a la vez lo que tratábamos de hacer, era contactar a los familiares cuando venían, a las madres, las abuelas, vino Sábado, yo me acuerdo que hacíamos empanadas, peñas para juntar fondos para que puedan viajar los familiares, todos los contactos, periodismo, organismos internacionales. Hacíamos guardia en la Organización Internacional del Trabajo, ahí se planteó la condena a la dictadura chilena, ahí analizamos si convenía la condena, porque era un arma de doble filo, porque se condenaba y chau, no se hablaba más del tema [...]"

P: ¿Y cuándo vino la Comisión de Derechos Humanos, en el '79, allá sabían de esto?"

R: Sí, sí, sí. Nosotros sabíamos incluso lo que estaba pasando cuando estábamos acá de la manera en que se torturaba y todo. No llegamos a entender, en ese momento todavía no nos imaginábamos el tema del secuestro de los chicos nacidos en cautiverio[...] !. Estábamos constantemente haciendo peñas, cosas, con lo de Nicaragua también, que fue solidaridad, El Salvador, Nicaragua, mucha solidaridad latinoamericana, en un momento se reunían, venían los diplomáticos a casa Nosotros, la casa nuestra era medio impresentable pero éramos los únicos que teníamos casa[...] Venían chilenos, diplomáticos, nicaragüenses, todos del exilio y se intercambiaban experiencias. No, no... en eso fue muy rico. Siempre la constante de la solidaridad³⁴

El tema de la solidaridad estuvo siempre presente en el relato de Pichi: la forma en que compartían los ingresos y el trabajo incansable que realizaban para albergar a las familias que llegaban. También sus palabras se refirieron a las acciones que la agrupación le indicaba realizar:

Ahí ya se empezaba a preparar lo que era la contraofensiva. Y yo entré a documentación. Entonces yo empecé a capacitar para hacer documentos a todos los compañeros que volvían en la contraofensiva. Entonces esta tarea, era una tarea muy sensible, porque yo iba a conocer a todos los compañeros que volvían, yo hacía los documentos, yo sabía los

nombres, todo, entonces... el cuidado sobre mi persona era extremo para que a mí no me pasara nada, digamos, por toda la información que yo tenía.

P: ¿Pensabas volver en esa época vos?

R: No, yo siempre estuve dispuesta a volver, lo que pasa es que no era nivel de conducción, era de militante de agrupación. Sólo volvían compañeros de más alto nivel de conducción.

P: ¿Seguiste haciendo esta función?

R: Bueno, después seguí cumpliendo esta función, entonces, por esta función me fui a España, porque empezó todo el reclutamiento para la vuelta en Europa, los compañeros que estaban en Europa [...] Fui hasta Brasil, cubrí una cita, la cita estaba cantada. Zafé de la cita cantada porque en realidad me di cuenta. [...] Vuelvo sin el servicio, cuando vuelvo a México creían que yo había caído en la cita y me estaban mandando de vuelta, me estaban mandando a México la cana, los milicos. Bueno... Llego a mí casa, a mí casa, con mi llave voy a entrar y no puedo entrar, me quedo en la calle porque me habían cambiado la cerradura y me quedo en la calle y me huyen todos. Entonces me fui, en ese momento Roma 1 ya no lo teníamos, teníamos Alabama 18 entonces me fui a Alabama 18, entonces ahí empiezo a hacer la amansadora. Me di cuenta que todos me huían [risas] y me puse a pensar por qué todos me huían y haber "quiero que alguien... no sé llévenme a algún lado y quiero hablar con alguien porque quiero explicar lo que pasó y todo lo demás. Entonces al final vino alguien que le expliqué todo lo que pasó, no sé si era Di Nora o el gallego Willi me parece que era [...] Entonces expliqué todo lo que había pasado, el compañero de Río de Janeiro llamó por teléfono, que él tenía el servicio de documentación, que no lo habíamos entregado en la cita. Hasta que al final estaba todo bien, me creyeron, se aclaró. Este... después me voy a España, haciendo esto y después me voy al Líbano

P: ¿Al Líbano?

R: Eh... porque el entrenamiento de todos los grupos que volvían, los de la contraofensiva, hacíamos entrenamiento con los palestinos, entonces... bueno, en general los grupos iban, hacían entrenamiento de veinte días intensivos y después ya está. Volvían, pero yo me quedé seis meses en el Líbano, que no solamente haciendo el entrenamiento sino además haciéndoles la documentación a todos los grupos que pasaron por el Líbano. O sea le hice la documentación a todos los grupos que volvieron en la contraofensiva. En el Líbano, debajo de los naranjales, porque tenía que sacar la foto, revelar la foto, darles los documentos, ¡todo! Después volví a España después de los seis meses en el Líbano, esa es otra historia porque en el Líbano estuve en un montón de campamentos, digamos de los palestinos donde estábamos nosotros. Los bombardeos de los israelíes, nos comimos los

bombardeos, nos comimos todo digamos [risas] Este... bueno, después volví a España hice algún otra documentación ahí en España y después volví a México, volví a México. En España entre pito y flauta, viví un año y medio, digamos con los seis meses en el medio en el Líbano. En España hice pareja con un compañero de las ligas agrarias, que volvió él a traerle documentación a unas compañeras para que pudieran salir, que él tenía, que se habían quedado desenganchadas, entregó la documentación, les entregó la plata para que las compañeras pudieran salir y cuando él salió lo dedieron en Paso de los Libres y está desaparecido”³⁵.

Este relato demuestra lo que afirman Bernetti y Giardinelli en cuanto a la interconexión internacional; la forma en que muchos exiliados viajaban a diversos países para desplegar distintas actividades³⁶

Jorge Lewinger, periodista, ejerciendo su profesión, desarrolló las actividades que la situación imponía:

“Estuve viviendo en Méjico con la idea de hacer una revista que tuviera dos sentidos. Una revista para el exilio argentino en Méjico, que era esta revista “Vencer”. Hacíamos enormes cantidades de envíos, por correo para la Argentina, para que pudiera llegar a la Argentina. Muchos seguramente serían interceptados, pero muchos por ahí llegaban. [...]Hubo un momento, bastante largo, que estuve en Costa Rica, con un proyecto de una radio de onda corta que funcionó bastante tiempo; que transmitía para Centroamérica y para la Argentina [...] Esa radio [fue] más conocida como Radio Sandino, porque fue la radio que usaron los sandinistas. [...]. La conducción sandinista estaba en San José de Costa Rica hasta que entraron, ya sobre el final de la insurrección, subieron a Nicaragua³⁷.

La denuncia no fue el caso de los exiliados en Israel, que instalados en una comunidad diferente y aislada de la militancia, este aspecto quedará postergado hasta el retorno a la Argentina. Jorge Aisemberg manifestó:

“Tampoco traté de buscar o conectar argentinos exiliados, o sea, a pesar de que había conocido a más de una persona, no creía que era lo que quería hacer. Creía que era la oportunidad de conocer historias nuevas del presente y no de un pasado que era una cosa de no poder salir, y no era algo adentro mío que no, no, aparte, capaz que estoy equivocado, pero la sensación, yo tenía la sensación, para mí, militantes, revolucionarios eran personas que toman las armas, gente que había conocido, compañeros realmente que se jugaron. ³⁸

Norberto por su parte respondía:

P: ¿Algunos de los muchachos que militaban con vos estaban en Israel?

R: No, porque yo me alejé de la militancia, se disolvió el grupo de militancia, después... vino el proceso de desbande, se desintegraban los grupos porque iban cayendo jefes montoneros y grupos medios, los grupos de base se desarmaban, se desintegraban, se perdieron los contactos³⁹.

Tampoco las acciones de denuncia y solidaridad fueron realizadas por el militante comunista Héctor Maciel:

P: ¿Tuvo algún contacto con el PC?

R: No, no

P: ¿No militó de ninguna manera?

R: No, no⁴⁰

EL desafío de volver

Dar por finalizado el exilio significaba una decisión importante. Volver a reencontrarse con la patria, los afectos del pasado y la historia que habían dejado hacía tiempo, era ubicarse nuevamente en la posición del que tiene que comenzar a construir algo nuevo o volver al punto en donde se había quebrado. El ansiado retorno de la democracia en la Argentina, se presentó como una posibilidad de viajar de visita y ver qué podía pasar.

Para Norberto Jacubowicz el regreso significaba huir nuevamente. Después de seis meses lo obligaban en Israel, a hacer el servicio militar:

R: ¿El pasaporte te lo arreglaron alguna vez?

P: No.

R: ¿Qué hiciste?

P: Lo único que hice fue ir a una Intendencia del kibutz para renunciar a la ciudadanía. Además no tenía ganas de estar en Israel, en ese estado no tenía ganas de estar ahí. No quería aprender el idioma, no me interesaba [..]

R: Volvés a la Argentina y ¿qué pasó?

P: Vuelvo a la Argentina y me quedo en la casa de mi abuela [...]

P: ¿No te volvés a meter en nada?

R: No me quedo en la casa de mi abuela, seis, siete meses, [...] en Villa Concepción⁴¹.

Jorge Aisemberg nos relataba:

P: Hasta el '81 ¿y ahí decidís volver y te venís con ella?

R: Me vuelvo, me vuelvo. No me vuelvo solo, quería volverme solo por la seguridad, todavía en medio de la dictadura.

P: ¿No tenías miedo?

R: Sí, tenía mucho miedo. Pero cuando digo miedo, ¡miedo! [...]

P: ¿Por qué te arriesgaste a volver?

R: [...] En ese momento ya empezaba a extrañar cosas, por otro lado ya tenía treinta años, necesitaba empezar [...] Necesitaba otra cosa aunque sea...una parte necesita demostrarse cosas y ahí...Uno no tiene que demostrarse nada. Por otro lado si me quedaba tenía que hacer el servicio militar, cosa que yo no estaba dispuesto a hacerlo, es una presión. Por otro lado mis padres, que antes me habían dicho que no me vaya, ahora me presionaban para que vuelva [...].

P1: ¿La militancia, nada?

R: Nada

P2: ¿Capítulo cerrado?

R: Capítulo cerrado. Totalmente cerrado⁴².

Para otros nuevamente una aventura para continuar las acciones que de alguna manera se llevaban a cabo en México. Así ocurrió con Jorge y Pichi. Y después

“No volví a entrar hasta el '82, después de conocerla a ella [Pichi] en México. Entramos clandestinamente, durante la guerra de Malvinas en el '82.

P: ¿Y ahí se quedaron ya?

R: Ahí nos quedamos, primero clandestinamente [...]

P: ¿Ustedes ingresaron por el aeropuerto con un pasaporte falso?

R: Depende. Caminos había muchos.

R1: Yo ingresé por Ezeiza con otro pasaporte, español. Como una española.

R2: Yo entré la primera vez, en octubre por Chile, como por el sur de Bariloche. Y cuando ella dice que volvimos juntos, pero separados, entré por Resistencia. También con avión⁴³.

Para Héctor Maciel, el exilio en Brasil significó la puerta para recorrer otros países y conocer diversas situaciones:

P: ¿Qué determinó que volviera?

R: Uno siempre añorar a su país. Yo después vine y estuve trabajando en Bs. As, tuve un accidente automovilístico, perdí la vista un año y 4 meses [...]. Salgo de la operación, agarro una agenda y me voy a ver a Rubén, un sobrino que vive cerca de Puerto Alegre, lo voy a visitar. Después me encontré la dirección de otro amigo de Brasil, también lo fui a visitar. Después me fui a Salta, y se me dio por ir Bolivia [...], y pasaron varios años, casi 8 años, decido volver a la Argentina. Todo esto después de haber conocido Perú, Ecuador, Colombia, Venezuela

P: Después de los 3 años volvió y estaba el gobierno militar...

R: Sí, pero ya fue en el 82, ya estaba atenuado ya se venía la democracia y no era tal la persecución como fue en el 77, 78, 79⁴⁴

Juan Parafioriti, que era muy pequeño cuando su familia se marchó de la Argentina, nos decía que a su regreso, sufrió una nueva adaptación:

P: A tu mamá, vos pensás que le costó mucho reinsertarse en la Argentina.

R. Nos costó bastante, en ese momento estaban las cosas bastante complicadas en la época de Alfonsín. Estábamos en una casa bastante chiquitita, estábamos los cuatro durmiendo en la misma habitación, fue una época complicadita hasta que pudimos salir a flote.

P: ¿Tu mamá militaba cuándo vuelven?

R: Mi vieja, dentro de los montoneros era la parte peronista y cuando sigue acá está con la JP, y sigue metida ahí. [...]

P: Vos cuando volviste, empezás en la escuela, 7º grado...

R: [...] Llego acá y me ponen a prueba en 5º grado, en la 9, y a la semana me ponen en 6º. Hice 6º grado en la Escuela 9 y nos mudamos y 7º grado lo hice en la 22.

P: Y ahí sentís estas cargadas por el acento, con los chicos.

R: De entrada pavadas, pavadas, como ¡Qué gambas que tiene esa mina! Y yo preguntar que eran las gambas, no tenía idea. Diferencias, las planchas para cocinar, para mí eran las planchas para planchar. Estuve un mes hablando mejicano y se me va el acento, a parte no quería hablar como mejicano, me hacían leer las maestras para escucharme la tonada y me daba mucha vergüenza.

P: ¿Qué decías por lo que habías estado en Méjico?

R: No, No, en ese momento, no sé si decíamos que nos habíamos ido exiliados; no, no, decíamos que nos habíamos ido por laburo de mi viejo; también siempre a medidas, mi viejo estaba en Bolivia y me preguntaban por él y decía labura en el exterior. No especificaba mucho.⁴⁵

Conclusiones

Los testimonios tienen un eje común: todos son jóvenes que movidos por sus inquietudes sociales y políticas, también religiosas, comenzaron a comprometerse y a militar de diferentes maneras: organizaciones de estudiantes, como la UES o Centro de Estudiantes Universitarios, que funcionaban en las distintas facultades. Otros, inician su militancia a través de la Iglesia Tercermundista que proclamaba la opción por pobres. Algunos de los entrevistados mayores, pertenecieron a organizaciones armadas, como el caso de Jorge Lewinger o los padres de Juan Parafioriti. Éstos al exiliarse en México, tuvieron tras de sí la estructura de su organización, a la que continuaron vinculados y debieron obediencia.

Ubicados en la situación de decidir rápidamente un destino, cada uno buscó dentro de las posibilidades que tenían: los contactos, el partido, la colectividad, la cercanía. Muchos tuvieron estadías intermedias que hicieron la adaptación aún más difícil.

Sin dudas que el exilio deja profundas cicatrices en los que lo padecieron. Quizá por lo terrible de la partida, quizá por sentirse sobrevivientes de una terrible tormenta y haber tenido que afrontar el dolor de dejarlo todo y armar un nuevo ser en otro lugar. En palabras de Tomás Eloy Martínez: “Más que en sobrevivir, el tiempo del exiliado se va en juntar los pedazos dispersos de su ser. Cuando mira por la ventana, lo que ve no son las ramblas de Barcelona o el parque de Chapultepec o los raspados color arco iris de Caracas. Ve todo eso teñido por su propia melancolía, por las pizzerías de la calle Corrientes o por un atardecer violeta en la pampa, por las ridículas canciones que aprendió en la escuela (y que de pronto dejan de parecerle ridículas) y por los sabores invencibles de la infancia. Pero más que nada lo ve a través de la historia que se está perdiendo, a través de las cosas entrañables que no podrá recuperar. Es un mundo irreal, que se parece a la ficción por más de un motivo: porque nace, como las ficciones, del descontento con la realidad y de la necesidad de construir “otra parte” donde todo lo perdido podrá tener cabida”⁴⁶ Todos los entrevistados dejan traslucir ese dolor, y parecería que la inserción tuvo que ver con las condiciones que se les presentaron, con el sentirse ligados a otros que estaban en situaciones similares y, en última instancia, con la predisposición personal, el carácter o la edad que tenían, para enfrentar el desafío. Laura Satragno, parece no recordar los primeros tiempos como una etapa sumamente difícil. Quizá su condición de embarazada, la hacía valorar más que ningún otro la vida por sobre las dificultades. Pichi, con gran empuje y capacidad organizativa, necesitó de sus pares: se refiere a las personas desconocidas que la recibieron en Roma 1, como su familia. Jorge Aisemberg, que vivió el infierno de haber sido detenido desaparecido, recuerda su estancia en Israel como de conocimiento de la identidad judía y hasta de turismo por hermosos lugares, sin poder integrarse totalmente. Norberto Jakubowicz, parecería no haber logrado nunca adaptarse y sí sentirse defraudado por las condiciones impuestas. Juan Parafioriti era un niño y menciona el fracaso escolar y la incomunicación con sus pares. Posiblemente la propia adaptación de los padres, impidieron la contención que él necesitaba. El caso de Héctor Maciel, parece haber sido una instalación más llevadera por dos razones: una niñez humilde lo había alejado de chico de su familia y el poder cruzar la frontera y volver a su pueblo en reiteradas oportunidades.

Conjuntamente con adaptarse estaba la cuestión de subsistir, el trabajo era el instrumento para ello. Los exiliados en Suiza, México y Brasil valoran el haber conseguido empleo

rápidamente, no sin mencionar el esfuerzo que significó para ellos realizarlo. Los instalados en el kibutz, tienen asegurada su manutención, al precio de no poder elegir las condiciones laborales.

La denuncia y la solidaridad se convirtieron en los pilares de la actividad en el exilio. Todos describen que el estar cerca de otros, aunando esfuerzos para poner en conocimiento al mundo sobre las atrocidades de la dictadura argentina, era el objetivo único que los mantuvo fuera de la patria. Así pudieron compartir sus viviendas, sus ingresos, organizar eventos, recorrer distintas ciudades, contactar a sus compañeros y ayudar a los recién llegados. En Israel, por el contrario, la ayuda la brinda el propio estado, generándoles un marco de contención y cooperación, aunque sin posibilitarles el contacto con gente en igualdad de condiciones.

El regreso significó otro punto de inflexión en la vida de estas personas; más difícil que la partida se unían el miedo y el desafío de volver. ¿Por qué correr el riesgo entonces? Posiblemente volvieron porque “los exiliados son inquilinos de la sociedad”⁴⁷ y ya no deseaban serlo, o porque necesitaban comenzar a armar sus vidas o cumplir los sueños que habían dejado inconclusos, o quizá también porque era tiempo de hacer memoria, llorar a los muertos y contar a todos la historia que les tocó vivir.

¹Jitrik, Noé, “El destierro, un mal muy argentino”, en *Revista Ñ*, Buenos Aires, Clarín, 22 de marzo de 2008, p. 14.

² Anguita, Eduardo y Caparrós, Martín, *La Voluntad*, tomo II, Buenos Aires, Editorial Norma, 1998, p. 512

³Silvia Alicia Guadalupe Canal, *Pichi*, 55 años, contadora, militante de la Federación Juvenil Comunista, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 12 de abril de 2008.

⁴Jorge Omar Lewinger, 63 años, periodista, militante montonero, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 12 de abril de 2008.

⁵Laura Satragno, 54 años, Estudios para el Desarrollo en Suiza, militante peronista del Centro de Estudiantes de la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 30 de abril de 2009

⁶Norberto Jakubowicz, 51 años, productor de seguros, militante en la UES y en Juventud Universitaria Peronista, Provincia de Buenos Aires, 14 de marzo de 2009.

⁷Jorge Aisemberg, 56 años, fabricante de gorros de cotillón, militante de la FAL América en Armas, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 12 de junio de 2009.

⁸Héctor Maciel, 58 años, dirige un comedor comunitario y trabaja en una escuela, militante del Partido Comunista, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 3 de octubre de 2006, Johanna Veltri.

⁹Silvia Alicia Guadalupe Canal, *Pichi*

¹⁰Jorge Aisemberg

¹¹Norberto Jakubowicz

¹²Meyer, Eugenia y Salgado, Eva, *Un refugio en la memoria. La experiencia de los exiliados latinoamericanos en México*, México, Editorial Océano, 2002, p. 92

¹³Jorge Lewinger

¹⁴Laura Satragno

¹⁵Héctor Maciel

¹⁶Bernetti, José Luis y Giardinelli, Mempo, *México: el exilio que hemos vivido. Memoria del exilio argentino en México durante la dictadura 1976-1983*. Buenos Aires, Editorial Universidad Nacional de Quilmas, 2003, pp. 22 y 23

¹⁷El Comité de Solidaridad con el Pueblo Argentino (COSPA), fue la segunda organización de Exilio creada en México. Fundada octubre de 1975 por iniciativa de Montoneros, se instaló en un amplio local de la calle Roma 1, Colonia Juárez, en el centro de la Ciudad de México. Era un edificio de tres plantas que sirvió de hotel para familias que arribaban, también de restaurante, peña folklórica, salón de actos y de guardería infantil. Las otras organizaciones fueron la Comisión Argentina de Solidaridad (CAS), de comienzos de 1975 y La Coordinadora de Derechos Humanos, que se abocó específicamente al tema de los derechos humanos. Bernetti, José Luis y Giardinelli, Mempo, *Ob. Cit.*, pp. 24 y 25

¹⁸Silvia Alicia Guadalupe Canal, *Pichi*

¹⁹Laura Satragno

²⁰Norberto Jakubowicz

²¹Jorge Aisemberg

²²Héctor Maciel

-
- ²³ Laura Satragno
²⁴ Jorge Aisemberg
²⁵ Bernetti, José Luis y Giardinelli, Mempo, *Ob. Cit.*, p.32
²⁶ Juan Parafioriti, 35 años, escultor y profesor de Bellas Artes, hijo de militantes montoneros, Provincia de Buenos Aires, 16 de mayo de 2009.
²⁷ Bernetti, José Luis y Giardinelli, Mempo, *Ob. Cit.*, p.29
²⁸ Silvia Alicia Guadalupe Canal, *Pichi*
²⁹ Juan Parafioriti
³⁰ Norberto Jakubowicz
³¹ Jorge Aisemberg
³² Laura Satragno
³³ Bernetti, José Luis y Giardinelli, Mempo, *Ob. Cit.*, p. 53
³⁴ Laura Satragno
³⁵ Silvia Alicia Guadalupe Canal, *Pichi*
³⁶ Bernetti, José Luis y Giardinelli, Mempo, *Ob. Cit.*, p. 54
³⁷ Jorge Lewinger
³⁸ Jorge Aisemberg
³⁹ Norberto Jakubowicz
⁴⁰ Héctor Maciel
⁴¹ Norberto Jakubowicz
⁴² Jorge Aisemberg
⁴³ Jorge Lewinger y Silvia Alicia Guadalupe Canal, *Pichi*
⁴⁴ Héctor Maciel
⁴⁵ Juan Parafioriti
⁴⁶ Martínez, Tomás Eloy, *Réquiem por un país perdido*, Buenos Aires, Editorial Aguilar, 2003
⁴⁷ Gelman, Juan y Bayer, Osvaldo, *Exilio*, Buenos Aires, Editorial Planeta, 2006, p.47

Bibliografía

Anguita, Eduardo y Caparrós, Martín, *La Voluntad*, tomo II, Buenos Aires, Editorial Norma, 1998.

Bernetti, José Luis y Giardinelli, Mempo, *México: el exilio que hemos vivido. Memoria del exilio argentino en México*

durante la dictadura 1976-1983. Buenos Aires, Editorial Universidad Nacional de Quilmas, 2003.

Gelman, Juan y Bayer, Osvaldo, *Exilio*, Buenos Aires, Editorial Planeta, 2006.

Martínez, Tomás Eloy, *Réquiem por un país perdido*, Buenos Aires, Editorial Aguilar, 2003.

Meyer, Eugenia y Salgado, Eva, *Un refugio en la memoria. La experiencia de los exiliados latinoamericanos en*

México, México, Editorial Océano, 2002.

Revista Ñ, Buenos Aires, Clarín, 22 de marzo de 2008.